

---

**C A P Í T U L O X V I I I**

**Donde se prosigue la relación del viaje del Dr. Quix por los bosques y sierras tropicales**

Dejamos al Dr. Quix y al señor d'Argamasille pasando la noche en una casa de tránsito, aliviado el uno de las picaduras de los mosquitos, por virtud de la Fierabrasina, y encumbrado el otro en la gloria de sus descubrimientos científicos.

El segundo día, caminaron todavía por tierra llana, aunque por piso muy desigual, de suerte que el doctor, a pesar de su complexión acartonada, iba sudando a mares, tanto por el clima ardiente y los rayos de un sol abrasador, como por los grandísimos esfuerzos que hacía para mover la bicicleta, no hecha para tales caminos, como muy bien lo pensó Sancho.

Sin embargo, D. Quijote se daba de cuando en cuando sus apeadas de la máquina, so pretexto de examinar el suelo o recoger alguna planta, pues era también botánico, e iba cargado de ramas y flores.

—Caminamos, Sancho, sobre una estratificación cretácea, correspondiente a la edad secundaria del planeta, o sea el período mezozoico, abundante en especies de reptiles fósiles, como el Labirintodonte y el Mastodonsauro, en que se hallan los pedernales calcáreos, los lignitos piciformes y los carbones bituminosos.

Sancho a todo decía amén, con mucha sorna, porque aquello era hablarle en griego.

En un paraje limpio de montaña alta, ya en los primeros estribos de la serranía, que tenían que atravesar, el camino iba por la margen de un río más torrencioso que abundante, que no había necesidad de esguazar, ni que

tampoco ofrecía vado para hacerlo. Del otro lado del río divisaron unas ruinas, que eran las de un trapiche abandonado, cuyo torreón, construido de adobes, y cubierto de musgos y parásitas, dominaba el paisaje con su aspecto vetusto y sombrío.

—¿Ves, Sancho, aquella columna antiquísima? —le dijo D. Quijote, acomodándose el anteojo de viaje.

—Si no me equivoco, es el cañón de una chimenea.

—¿Cómo se te ocurre semejante anacronismo? No dice la historia que los Incas tuviesen chimeneas de cañón. Observa bien: es un monolito, resto de algún templo dedicado al Sol por la primera dinastía de los peruanos. Lástima que el río se nos interponga, para poder admirar de cerca este monumento de la primitiva civilización incásica.

—Mire, mi amo, que ese anteojo tiene mácula, porque una cosa ve su merced por él, y otra veo yo con mis propios ojos. ¿No ve que aquellos paredones con agujadas, de donde sale ese Manuelito, son tapias mondas y lirondas, como las que se pisan en España?

—¡Pedazo de alcornoque! ¿Qué sabes tú de arqueología y anticuaría? Todo eso es de piedra tallada, y por eso ha resistido la inclemencia y peso de los siglos. Pásame acá la cajita fotográfica, que hallazgos de esta naturaleza son raros e importantes para la ciencia.

El ahumado monolito trapichero quedó al instante fotografiado, y el Dr. Quix, después de escribir algunas notas en su voluminosa cartera, continuó su nunca bien descrita excursión técnica, que debía llegar al máximo de interés en las jornadas siguientes, como lo verá el que pacientemente siga leyendo.

Cada hora se agravaba más y más la dificultad de hacer rodar la bicicleta, por el rendimiento de las piernas del ciclista, pues habían entrado ya en la fragosidad de los caminos de la serranía.

Sancho observaba, reprimiendo la risa, los heroicos esfuerzos de su amo para hacer rodar la máquina. Al fin, al tercer día de viaje, el Dr. Quix, desesperado y sin alientos, después de dar un gran suspiro, que resonó como un grito ahogado de ira y de cansancio, dejó la bicicleta en la mitad del camino, y se sentó en una piedra con la cabeza entre las manos.

—Oiga, mi amo: nadie debe decir de esta agua no beberé. Como su merced está tan reñido con los jumentos, no me atrevo, sin su licencia, a proponerle un modo de remediar la necesidad en que estamos.

—Habla, Sancho, pan pan, vino vino, que cuando la paciencia se acaba, acabarse deben también los largos discursos, tanto más si son necios e impertinentes.

—Pues como se trata de un remedio pollinesco, no quisiera encender otra vez la cólera de su merced.

—Más la enciendes con tus remoras y preámbulos: di lo que se te ocurra, de llano en plano.

—Se me ocurre que como esa máquina tiene ruedas y apariencia de carro, con ponerle una cuerda y rabiatarla al pollino, echará a rodar con más alivio de su merced.

Púsose D. Quijote en pie: miró la bicicleta y miró el asno: y dándose una gran palmada en la frente, exclamó con alegría:

—¡Feliz idea! Arregla, Sancho, las cosas a tu gusto, que creo que has dado en el clavo.

No esperó segunda orden el fiel compañero, y como hombre práctico en artes de arriería, tiró de aquí y anudó allá hasta dejar la bicicleta uncida al asno, a tiempo que decía, mirando a su amo con aire socarrón:

—¿Qué tal, si no hubiera yo cambiado la máquina por el pollino? Más vale malo conocido que bueno por conocer.

Un tanto aliviado el doctor, merced al remolque, continuó su camino, amostazado y silencioso, con gran lentitud, porque el pollino se resentía de semejante reata, lo que hizo decir a Sancho con mucha oportunidad:

—No le pesa la carga, sino la sobrecarga.

Al otro día, el camino se les presentó aún más fragoso: habían llegado a la región fría y solitaria de los páramos. Por las travesías y cañadas, el pollino arastraba a duras penas la bicicleta, pero subiendo la cuesta era de todo punto imposible.

Entonces Sancho concibió el pensamiento de montar a D. Quijote en el pollino, porque ya el Caballero del Progreso daba la fiesta al diablo, e iba echando sapos y culebras, aunque se mordía los labios en lo que se refería a la máquina, desaguando su cólera por otra vena: el atraso en que estaban los

países latino-americanos, que carecían de vías públicas, por la ignorancia y oscurantismo de sus moradores, que bien demostraban pertenecer en parte a la raza española.

—Mire, mi amo, pelillos a la mar: móntese en el pollino, y encárame delante la máquina, que yo iré a pie en lo que falta del camino.

—¡Oh, salvajismo de estos pueblos, a lo que obligas! —dijo D. Quijote, elevando los ojos al cielo, como para aplacar las iras del dios del Progreso, cuyas leyes iba a contravenir de un modo tan afrentoso— Por fortuna, Sancho, esto pasa en la soledad de esta serranía, donde nadie nos ve. Camina, eso sí, con ojo avizor, para que avises tan pronto descubras gente adelante o atrás, a fin de echar pie a tierra y tomar la actitud conveniente.

Considérese la extraña figura del insigne doctor, con sus hábitos de turista, a horcajadas sobre el pollino, con la bicicleta puesta delante de la alabarda, como se pone un niño en el pico de la silla.

Así caminaban, divertidos con los variados paisajes que la serranía ofrece, cuando acertaron a pasar por la orilla de un barranco, que era una antigua mina de greda para ladrillo y teja, al parecer solitaria, aunque se comprendía que estaba en explotación por los residuos dispersos y el aspecto general del suelo. Bajó los ojos D. Quijote para mirar a lo profundo del abismo, y detuvo el pollino.

—Mira, Sancho, esta gran profundidad es sospechosa.

—¿Por qué, mi amo?

—Por que tiene todos los signos geológicos de un cráter volcánico.

—¡En esta tierra tan fría!... Observa que no se descubre en su fondo ninguna planta, ni una gramínea siquiera, y que el color gris de la tierra nos está diciendo que es un suelo calcinado por la lava.

—¿Y cree su merced que haya fuego aquí dentro?

—Todo puede ser, Sancho: los volcanes son muy caprichosos en sus erupciones. El Vesubio, por ejemplo, se estuvo apagado ochocientos años, al cabo de los cuales reventó de un modo formidable, sepultando las ciudades de Pompeya y Herculano. Esta gran cavidad con su aspecto basáltico, en forma casi circular, situada a la altura en que nos hallamos sobre el nivel del mar, tiene todas las apariencias de haber sido un cráter.

—Si esas tenemos, en guerra avisada no muere soldado: pique el

pollino, y pasemos de largo, porque nadie quita que tengamos de pronto un reventón.

—¡Pedazo de animal! ¿Crees tú que un viajero científico pueda pasar de largo a vista de una cosa tan rara sobre la faz del planeta? Espera, pues, que voy a ver si es posible el descenso hasta el fondo del cráter.

—¡Cuidado, mi amo, con una matada!

—Quédate tú arriba, para que me pases los instrumentos que necesite.

D. Quijote sacó el termómetro, de que iba a hacer uso para medir la temperatura de la gran cavidad, y escogió el punto para el descenso, donde amarró el cabestro del pollino al tronco de un arbusto inmediato, y después de observar el instrumento, y ver que marcaba 18° centígrados, lo entregó a Sancho, recomendándole que se lo diese cuando fuese menester.

En seguida, nuestro egregio turista se descolgó por el cabestro hasta una profundidad de tres o cuatro metros, donde tocó el piso, que era un plano sumamente inclinado, el cual iba a terminar en uno de los muchos hoyos que adentro había, siendo así que el suelo era en extremo irregular, con altos y bajos, reductos y cavernas aquí, morros y picachos más allá; de suerte que nuestros viajeros no podían descubrir toda la extensión de la mina, que no estaba tan sola como lo creyeron, porque había dos trabajadores en el extremo opuesto, que era donde iba la pica.

Todo el tiempo que tardó D. Quijote en descender, lo empleó Sancho en trastear las alforjas, y a fin de darle plena libertad a las manos en esta operación, y la más precisa de comer algo, metióse el termómetro debajo del brazo, que fue tanto como meterlo por la boca de un horno, pues hizo subir la columna de mercurio casi hasta marcar la temperatura de su cuerpo.

—Ahora, Sancho, ata el termómetro con un cordel, y lo descuelgas poco a poco, para que no se quiebre.

Hízolo así el diligente criado: amarró el instrumento, y lo descolgó por el punto indicado; tomólo el sabio doctor, y agachándose en lo más profundo del hoyo en que estaba, se puso a observar atentamente los grados.

—¡Dios santo! ¡esto es increíble! Vieras cómo ha subido repentinamente la temperatura, lo que me confirma en lo dicho: este es un cráter, y no tan apagado como parece.

—¿Qué es lo que dice, mi amo?

—Que el termómetro ha subido quince grados de un golpe: ¡está en 33!...

—¡Pues sálgase su merced cuanto antes! Cómo sabemos si ya está subiendo la candela.

D. Quijote, no obstante su valentía, optó por seguir el consejo de su criado, y salió con prontitud. asombrado de aquel cambio brusco de temperatura, que daba a entender la existencia de fuego subterráneo, más o menos profundo; y se confirmó más en ello al oír, cuando estaba agachado, ciertos ruidos sordos muy vagos, que eran los barretonazos que daban los mineros por la otra parte.

—Pero es particular —dijo Sancho— que yo no sienta el rescoldo en la cara, estando tan cerca del volcán.

—Ni yo tampoco, que estuve más abajo, pero un instrumento científico como el termómetro es infalible: a él debemos atenernos con los ojos cerrados, ¡Quince grados de diferencia en cuatro metros! Estamos, amigo mío, pisando un suelo volcánico.

—Apuremos, pues, el paso —dijo Sancho, dándole de palos al pollino, cuando D. Quijote volvió a montar y acomodó delante la bicicleta.

El camino daba vuelta en torno del barranco aunque no tan cerca de la orilla que pudiesen volver a ver su fondo, por efecto de la maleza y las quiebras del terreno.

—¿Oyes, Sancho?... Desde que estaba allá abajo, creí percibir ciertos ruidos subterráneos, como de lejanas detonaciones, y ahora parece que aumentan.

—En verdad, mi amo, que yo también los oigo, y creo que nada bueno nos anuncian estos golpes de *profundis*. ¿Si será que el volcán está ya próximo a reventar?... cuál no sería su sorpresa, su tribulación y su espanto, al ver una espesa columna de humo, que empezaba a salir de la grande y medrosa excavación!

—¡Estamos perdidos, Sancho!... El volcán vomita fuego!...

Sancho dio un grito de horror y no pudo articular más palabra, pero esta parálisis de su terror pánico no le llegó a las piernas, porque antes de que el Dr. Quix tomase ningún partido, el señor d'Argamasille salió corriendo por esos páramos abajo con la celeridad de un venado.

D. Quijote, sereno y valiente en toda ocasión, lo siguió a trote largo en el pollino, volviendo sus ojos a la pavorosa humareda que surgía del cráter volcánico.

—¿Qué te parece ahora, Sancho? —gritaba a su compañero— ¿dudabas del termómetro? pues allí tienes ya el rescoldo que echabas de menos.

Sancho no estaba para pláticas: iba encomendándose a todos los santos de su devoción, a tiempo que D. Quijote, en medio de su necesaria derrota, pensaba en todo: recordó a Plinio el antiguo, la ilustre víctima del Vesubio, y estuvo a punto de torcer el cabestro al pollino, y volver al cráter, para imitar en la muerte volcánica al célebre naturalista de la antigüedad.

Si el Dr. Quix hubiera llevado a cabo su heroico pensamiento, habría tenido ocasión de observar, ¡raro fenómeno! que el humo partía del hoyo donde se hallaban los trabajadores, quienes por ser ya la hora de almuerzo, habían hecho fuego para calentar un guisado de frijoles, un tasajo de carne y dos arepas de maíz amarillo, hermosas como dos soles!